



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12815

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor 24

LUNES 23 DE NOVIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassanin 61; y J. Jouan, Faubourg-Montmartre, 31.

Justicia seca

«A. B. C.» ha publicado las fotografías de los actores activos y pasivos del terrible drama de que fué teatro Don Benito la noche del 18 de Junio de 1902. Dos pobres mujeres que mueven á infinita piedad por que fueron arrancadas á la vida de una manera bárbara; dos malvados que á tracción y de noche penetran en la agena vivienda sedientos de placeres y que al tropezar con la virtud no dudan en leñirse las manos con sangre inocente añadiendo á la historia del crimen uno muy cruel; un agente de la autoridad que por miedo ó por algo peor se presta á ser cómplice, franqueando la entrada en el hogar ageno, y un joven que va á un asunto y que al cruzarse con los criminales se siente estimulado por curiosidad tan vehemente, que no parece si no que fué la misma providencia la que le hizo ocultarse para decir mas tarde lo que viera.

¡A cuántas consideraciones se presta la contemplación de las víctimas! En medio de una sociedad civilizada, traicionadas por el guardador del público reposo, cayeron ante la acometida de los desalmados asesinos que ensañándose en ellas de un modo inconcebible, las dejaron por fin convertidas en sanguinolentos despojos.

La contemplación de los autores de esta tragedia horrible causa repugnancia. Los miramos, y alqueren penetrar en la sentina de sus sentimientos de hiena y al pensar en el móvil que los indujo á violar una morada con engaños y

á suprimir dos vidas, una oleada de odio agita nuestros corazones y al arrojarla sobre el delito la arrojamus al par sobre los criminales.

Odia el delito y compadece al delincuente...

¡Compadecer!... ¿puede ser eso? ¿Pueden inspirar lástima los que han soblevado la población de don Benito como lo han hecho los que han ilustrado la historia del crimen con esa página de horror?

DESALIENTO

Huyes de mí, que el árbol seco y viejo ni hojas ni fruto ofrece á la pradera, ni su savia le da la primavera, ni en el verde tapiz halla su espejo.

Aquel hermoso ayer del cual me alejo, en mi ocaso de vida reverbera. recuerdo de una dicha pasajera. de un sol, que se eclipsó, tibio reflejo.

Caudal de pensamientos liarto extraños, á mi ilusión más bella sustituye, con sus dudas y amargas decepciones.

¡Triste es mirar la juventud que hoye y sentir que la nieve de los años sueños de glorias y de amor destruye!

Narciso Díaz de Escovar.

LA REDENCION DEL MAESTRO

Un ministro francés, de gran cultura y de nada común elevación de mira, y ministro de Instrucción pública, sino de Estado, decía en cierta ocasión: «No hay mejor negocio que el que hace una nación colocando su capital á renta en los Centros docentes: el interés de ese capital es oro, gloria y honor para la patria.

Tenia razón el Sr. Hanotaux: oro, gloria y honor es la renta que produce la inversión del capital nacional en el gran negocio de la ilustración de sus ciudadana-

nos; por que la ilustración es el manantial de todas las grandes iniciativas, de esas iniciativas que levantan el nivel de los Estados, en lo material y en lo moral; á las envidiadas cumbres de la supremacía de la ciencia, de la industria, del comercio y de las artes.

Pero aquí no lo entendemos así, y el gran argumento que se esgrime por los rutinarios de todos los campos contra la magna obra del pago de los maestros por el Estado, llevada á cabo por Garcia Aliz y el conde de Romanos, era y sigue siendo el siguiente: «Ya vereis como, en seguida que el Estado se encargue del pago á los maestros, el presupuesto de Instrucción primaria sube como la espuma; eso decían antes de la reforma. Y ahora realizado el pago por el Estado, y al ver que de primera intención se aumenta en millón y medio la cifra consignada en los presupuestos vigentes para acabar con la vergüenza de los sueldos de 45, 62, 100 y 200 pesetas anuales, estableciendo como sueldo mínimo el de 500 pesetas, sonrían de lástima diciendo: «No os lo habíamos dicho! Ya lo estais viendo: el presupuesto de Instrucción primaria empieza á subir, y seguirá subiendo.»

Si, seguirá subiendo, y es preciso, absolutamente preciso, que siga subiendo, si queremos vivir como nación civilizada. ¡Pues qué! Nos vamos á detener en la mejora de los maestros de dotación inferior á 500 pesetas, sin pensar en los demás? ¡Cree nadie que con 500, con 626, con 825 pesetas, se puede vivir hoy en nuestras villas ni en nuestras ciudades? ¡Es que España tiene todas las escuelas que debe tener, no ya según conforme á lo que era un ideal en 1857, hacia medio siglo, cuando se elaboraba y se promulgó la ley Moyano?

Pues á todo eso hay que atender. Los maestros auxiliares de una población se quejaban de no hacer mucho en los periódicos de que se encontraban pupilaje por menos de diez reales, y que ascendiendo su sueldo á 825 pesetas sin ningún otro ingreso y subiendo el pupilaje á 912'50, les era imposible vivir. Y esos son de los felices, de los privilegiados, de los aristócratas de la

clase, de los que han ingresado por oposición en el magisterio. ¿Se les va á dejar morir de hambre? ¿Se les va á entregar atados de pies y manos á los usureros? ¿Se les va á exigir que después de la fatigosa labor de la clase oficial, por mañana, tarde y noche, dediquen el escaso tiempo que les queda libre, no al esparcimiento que les topilla ni al estudio que mantiene vivo y fresco su saber, sino al trabajo enervante de las lecciones particulares que les agota? ¿Se van á cerrar las escuelas? No hay más remedio que hacer frente al problema y resolverlo con la única resolución posible: subiendo el sueldo de esos maestros hasta que puedan vivir. Y si no se hace hoy, habrá que hacerlo mañana; pero habrá que hacerlo forzosamente.

En Asturias, en Vizcaya, en Santander, en todas las comarcas del Atlántico y Mediterráneo favorecidas por la industria y el comercio, se tropieza con graves dificultades para proveer las escuelas públicas, porque nadie las solicita ni las quiere; y recientemente se ha dado el caso de ofrecer una escuela de un pueblo á un vecino del mismo, sin título siquiera de maestro, sino solo con certificado de aptitud y no ha querido aceptarla. Y era una escuela de las buenas, de las de 625 pesetas! Un dineral, al lado de las dotadas con 45 y con 62 pesetas y media!

¿Que por qué no la quiere? Muy sencillo. No la quiere nadie, porque todos ganan mucho más dedicándose á cualquier otra cosa.

¿Qué sueldo es el de 625 pesetas, que con descuento y gabelas apenas pasa de seis reales diarios, en una región donde, desde el simple minero hasta el acarreador ó el recadero, ganan un jornal mucho más crecido? Se colocan en los almacenes, en los libros ó de simples escribientes, y ganan tres, cuatro, cinco y seis pesetas diarias por lo menos.

¿Quién quiere ser maestro con seis reales, pudiendo ser escribiente con seis pesetas? ¿Y qué prestigio va á tener en el pueblo ni en la ciudad un profesor de niños que gane menos que el último mozo de cuerda? «Tanto tienes tanto vales» dice el refrán.

Y este refrán, por pesimista que parezca, anuncia una gran verdad, más verdad hoy que nunca; por eso nadie que pueda ser otra cosa, quiere ser maestro.

Y por eso también están desiertas las Normales, las fábricas de maestros. Siguiendo las cosas como van, dentro de poco no tendrá el Estado maestros disponibles, y las 3000 escuelas que hoy no hallan cerradas porque nadie las quiere, ó porque nadie las puede desempeñar, se convertirán en 18000, y serán entonces, en lugar de 150000 niños, medio millón de niños los que se quedarán imposibilitados de recibir instrucción.

Y no se trata que se trate de un lejano porvenir, sino de un conflicto que se nos viene encima por momentos, pues hoy ya hay Normales de maestros que tienen tantos alumnos como profesores.

¿Quién ha de querer estudiar una carrera cuyo porvenir, en el mejor caso, se encierra en obtener un jornal de dos á tres pesetas?

Y he ahí el dilema: ó se rebaja la talla del maestro hasta convertirlo en un ente despreciable por su cultura é inútil para el cumplimiento de su alta misión educadora, ó de exigirse ciertas condiciones de instrucción, las parámetros necesarios para que pueda desempeñar dignamente su papel social, hay que cerrar las escuelas porque no habrá quien tenga abnegación bastante para dedicarse al magisterio.

Hombres que se resignan á vivir del modo que vivía cierto maestro de Galicia, cuyo calvario me cautaba no hace mucho don Manuel Payera, de inolvidable memoria, no se encuentran ya sino como inversiones, excepciones, y en el desgraciado maestro vivía con quince céntimos diarios, pues no alcanzaba á más su paga: no se desayunaba hasta las once, y entonces tomaba un café y un mendrugo de pan, y por la noche, una taza de chocolate, y un pedacito de queso, alternando con algunas patatas, á con castañas y bollotas en la estación propicia.

Aquel era un maestro de vocación que no quería dedicarse más que á la escuela. Otros, por no tener tan divina vocación ó por no tener tanta fuerza de resistencia, se dedican además de la escuela, á ser escribanos ó secretarios de Ayuntamientos y de

Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 10

LOS BANDIDOS INDIOS 9

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 6

Un pedazo de bambú de cerca de un pie de largo y de un diámetro de cinco ó seis líneas atravesaba la lengua del fakir y se mantenía fuera de la boca. Otros dos bambús más largos y más gruesos estaban horizontalmente colocados á derecha é izquierda en los costados de este desgraciado. Tenía los brazos levantados á la altura de la cabeza y las apoyaba sobre una rama de árbol clavada en tierra á su lado. El mismo éxtasis de este hombre parecía hacerle insensible al frío, á la lluvia y á la tempestad. Sus ojos extraviados brillaban como carbones ardientes dentro de sus profundas órbitas. Su horrible boca con dientes onegrecidos por el uso del betel y de la cal se contraía á cada instante murmurando palabras confusas. Algunas formas humanas aparecieron de pronto, unas después de otras en la montaña y en la selva. Los recién venidos eran indios. Cada uno de ellos llevaba en la mano izquierda una flor de loto, en derredor de la cual hacia con la derecha un signo misterioso al pasar delante del fakir. La mayor parte de los indios depositaban al mismo tiempo á los pies de Dhurruntoor una ofrenda compuesta de arroz, azúcar, betel y algunas monedas. Todos se inclinaban con profundo respeto delante del santo cenocita; después se dirigían á la pagoda, en cuya puerta daban con

lluvia caía sin interrupción, no á gotas como en Francia sino á torrentes; puede decirse como una masa de agua arrojada violentamente por una inmensa catarata. No había una estrella en el cielo. Velada á cada instante por densas nubes, la luna no dejaba lucir sino pálidos resplandores que se agitaban sobre el claro del bosque y las superfluo de las junqueras. Los relámpagos surcaban continuamente el cielo. Repetidos por los ecos de las montañas, los truenos retumbaban sin interrupción. Un horrible estrépito, partiendo de todos los costados del bosque, respondían á cada estallido del rayo. Espantadas por el fragor de los truenos las fieras que abundaban en las junqueras, mezclaban sus rugidos de pavor y de cólera á los silbidos del viento y á los orgidos de los árboles. Las nueve oacaban de socar en el lejano reloj de Sheergotty. A pocos pasos delante de la choza el fakir Dhurruntoor estaba de pie inmóvil. Tenía por todo vestido su ongrat, especie de faja de tela de algodón que ceñía su cintura y pasaba por entre los muslos. La lluvia resbalaba por sus miembros descarnados. Sus largos cabellos blancos, violentamente agitados por el viento azotaban su rostro en forma de rigidas y heladas mechas.

de las ruinas del templo de Siva la enfermisa morada del fakir. Al borde del estanque y del mismo lado de la choza, se erigía una pequeña pagoda que los devotos de la comarca visitaban religiosamente en determinadas épocas del año. Delante de la pagoda y de la cabaña se extendía un claro practicado con la ayuda del fuego en el interior de las junqueras. Dos senderos escarpados, trazados en los flancos de la montaña que se elevaba al sud y al Este, y algunas sendas que atravesaban lo profundo del bosque, limitaban el *murderer es net*. No transitaban por este sitio más que los habitantes de las aldeas vecinas, los viajeros que venían de Amadood á Sheergotty, ó bien aquellos que querían evitar entonces el gran camino de Sheergotty á Chintre, cuyos rodeos serpenteaban por el opuesto lado de la montaña. Sin embargo, tal era el miedo que inspiraba el *murderer es net* á los mismos habitantes del país, que muy pocos osaban atravesar el siniestro paraje, especialmente en cuanto oscurecía.